

Michel Foucault enseñó en el *Collège de France* desde enero de 1971 hasta su muerte en junio de 1984. Los cursos allí dictados despliegan “el programa de una genealogía de las relaciones saber/poder en función del cual, a partir de la década de 1970 pensara su trabajo, en oposición al programa de una arqueología de las formaciones discursivas hasta entonces predominante”¹. En el marco de la clase inaugural *El poder psiquiátrico* (1973-1974), el curso gira entorno a ¿En qué medida puede un dispositivo de poder ser productor de una serie de enunciados, de discursos y, por consiguiente, de todas las formas de representaciones que a continuación pueden formarse y derivarse de él?²

En efecto, a modo de respuesta esbozaremos el análisis genealógico hecho por Foucault de la relación saber-poder en la práctica psiquiátrica del siglo XIX. Abordaremos el asilo psiquiátrico como dispositivo de poder a partir de las tácticas de poder que dan origen a todo un juego de la verdad por parte de la psiquiatría en relación a la locura. Para lo cual, recorreremos una serie de clases dictadas por Foucault profundizando algunas temáticas a partir de los aportes de Edgardo Castro y Frederic Gros. Asimismo, tal como plantea Foucault al finalizar el curso, haremos mención de la antipsiquiatría que surge a fines del siglo XIX considerándolo desde las perspectivas de Franco Basaglia y Robert Castel. El informe estará dividido en cuatro apartados y girará entorno a ¿qué es el poder psiquiátrico?

En el apartado “El asilo” veremos como el orden disciplinario es inmanente a su funcionamiento, donde la instancia médica, la cual supone un saber y en efecto opera terapéuticamente, da lugar al despliegue de tácticas de poder para dominar la locura.

En el apartado “Las escenas de curación” abordaremos el caso del rey Jorge III y la liberación de los locos de Philippe Pinel, como fundantes de la psiquiatría donde el poder psiquiátrico se despliega bajo la forma de disciplina.

En el apartado “Genealogía del poder” situaremos el surgimiento del poder disciplinario caracterizado y articulado con el poder de soberanía, modalidad del poder que lo precedió y con el dispositivo familiar, que da origen a la aparición de la función psi como discurso e instancia de control de todos los dispositivos disciplinarios.

En el último apartado “La máquina de curar” caracterizaremos la relación de la psiquiatría y de la antipsiquiatría con relación a la locura, a partir del poder psiquiátrico en tanto operador de la realidad.

El asilo

Foucault da inicio al curso *El poder psiquiátrico* el 7 de noviembre de 1973, en el marco de esta primera clase, sitúa el funcionamiento del orden asilar como escenario de despliegue del poder. A partir de la descripción romántica de lo que Fódéré consideraba como las

¹ Ewald, François y Fontana, Alessandro. Citado en: Foucault, M. (2005). *El poder psiquiátrico*, op. cit., p.9.

² Foucault, M. (2005). *El poder psiquiátrico*, op. cit., p.30.

condiciones de un asilo ideal,³ Foucault ubica la dinámica de un orden que se constituye en su interior como una “regulación perpetua y permanente de los tiempos, las actividades, los gestos; un orden que rodea los cuerpos, los penetra, los trabaja, que se aplica a su superficie” (Foucault, 2005:16). Asimismo, a partir de las ideas de Philippe Pinel, quien consideraba que “sin el mantenimiento de la calma y el orden en un hospicio de alienados”⁴ no se pueden obtener observaciones exactas ni una curación permanente, Foucault destaca que entre la observación médica y su objeto en relación a la operación terapéutica constituyen el orden disciplinario, el cual es inmanente dentro del espacio asilar (Foucault, 2005:17-18). La instancia médica operando como una fuente de poder, a partir de la cual se organiza la distribución de los cuerpos, el tiempo y el comportamiento. Foucault sitúa dentro del asilo todo un sistema de poder asegurado por la multiplicidad, dispersión y jerarquías, una disposición táctica de distintos individuos que ocupan una posición y función específica (Foucault, 2005: 21).

En el asilo, como en todas partes, el poder no es nunca lo que alguien tiene, y tampoco lo que emana de alguien. El poder no pertenece ni a una persona, ni, por lo demás, a un grupo; solo hay poder porque hay dispersión, relevos, redes, apoyos recíprocos, diferencias de potencia, desfases, etc. (Foucault, 2005: 19)

Frédéric Gros señala que la descripción que hace Foucault del espacio asilar es a partir de los efectos arquitectónicos de un dispositivo concreto, el panóptico asilar. La presencia del cuerpo del médico jefe, ese cuerpo sabio que inviste el espacio y de inquisidora mirada, al cual todo se le informara, es relevado por vigilantes y servidores, como una presencia en red. El funcionamiento del asilo, como la puesta en ejecución de un poder disciplinario, de una táctica general de poder como foco de producción de saberes y prácticas (Gros, 2000:71). El asilo psiquiátrico del siglo XIX se presenta como un campo de batalla tratando de dominar al loco (Gros, 2000: 72). El loco que aparece en el discurso psiquiátrico de esta época, caracterizado como en el que “se desencadena cierta fuerza, no dominada y quizás indomable” (Foucault, 2005: 23), el elemento por el cual se le atribuye locura es la insurrección de la fuerza. Foucault se pregunta ¿en qué puede consistir la curación? Y retomando las ideas del tratamiento moral propuesto por Pinel, quien afirmaba que la terapéutica de la locura era:

El arte de subyugar y domesticar, por así decirlo, al alienado, poniéndolo bajo la estricta dependencia de un hombre que, por sus cualidades físicas y morales, tenga la capacidad de ejercer sobre él un influjo irresistible y modificar el encadenamiento vicioso de sus ideas.⁵

³ Quería que esos hospicios se construyeran en bosques sagrados, lugares solitarios y escarpados. Fodeere, François, *Traité du délire, appliqué à la médecine, à la médecine, à la morale et à la législation*, París: Croullebois, 1817 p. 215. Citado en: Foucault, M. (2005). *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 15.

⁴ Pinel, Philippe, *Traité médico-philosophique sur l’aliénation mentale, ou la Manie*, París, Richard, Caille et Ravier, año IX/1800, pp. 95-96. Citado en: Foucault, M. (2005). *El poder psiquiátrico*, op. cit., p. 16.

⁵ Pinel, Philippe, *Traité médico – philosophique [...]*, op.cit., pp. 95 - 96. Citado en: Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, op.cit., p 24.

Foucault plantea que esta “ortopedia moral” que es la curación propuesta por Pinel, opera bajo la forma del despliegue táctico del poder que se encarna en un hombre, que lo ejerce no a partir y en función de un saber, sino a partir de cualidades físicas y morales que le permiten desplegar un influjo sin límites (Foucault, 2005: 24). En sintonía, Robert Castel plantea que el tratamiento moral constituye la pieza clave de la estrategia en el siglo XIX para neutralizar y manipular la enfermedad mental, a partir del despliegue de un conjunto de procedimientos terapéuticos, en el plano de la práctica, por la escasa concepción teórica de la etiología de la enfermedad mental (Castel, 1975:73).

Asimismo tanto Pinel como los fundadores de la psiquiatría dirá Foucault no tienen como función, poner de manifiesto la verdad de la locura, para describirla, diagnosticarla y en efecto definir un tratamiento. Será esta heterogeneidad lo que marcará la historia de la psiquiatría en el mismo momento que se funda dentro de un sistema de instituciones, donde a partir de las disposiciones tácticas que permiten ejercer el poder, se despliega el orden disciplinario dentro del asilo (Foucault, 2005: 28).

Edgardo Castro, señala que este orden es necesario, para la constitución del saber del médico, ya que el saber-psi sólo es posible dentro de una distribución regulada del poder. En el asilo la instancia médica funciona primero como poder antes que como saber (Castro, 2004: 446).

Escenas de curación

Castro señala que Foucault centra gran parte de sus análisis en lo que denomina las escenas de curación, “por escena, no hay que entender un episodio teatral, sino un ritual, una estrategia, una batalla” (Castro, 2004: 444). A partir de ellas, busca mostrar cómo los dispositivos disciplinarios han sido la condición histórica de formación del saber-psi, considerando la escena fundacional, la del rey Jorge III de Inglaterra. El saber psiquiátrico para Gros, ilustra el enfrentamiento entre el médico y el loco, donde la victoria será la curación del loco, pero sometido a la voluntad dominadora del alienista (Gros, 2000: 72).

A principios del siglo XIX, Philippe Pinel protagoniza la que se considera como la escena fundacional de la psiquiatría, en el hospicio de Bicêtre, determinó retirar las cadenas que atan a los locos furiosos que yacían en sus celdas (Foucault, 2005: 35). No obstante, Foucault considera que es otra la escena que presenta con exactitud lo que era por entonces “la práctica psiquiátrica como manipulación reglamentada y concertada de las relaciones de poder” (Foucault, 2005: 36). Esta escena la protagoniza el rey Jorge III de Inglaterra, se sitúa en 1788 y es relatada por Pinel quien difundió la escena así:

Un monarca (Jorge III de Inglaterra; MF.) cae en la manía y, para que su curación sea más rápida y sólida, no se pone ninguna restricción a las medidas de prudencia de quien lo dirige (adviertan la palabra: es el médico; M. F.); por ello, todo el aparato de la realeza se desvanece, el alienado, alejado de su familia y de todo lo que lo rodea, queda confinado en un palacio aislado y se lo encierra solo en una recámara cuyos cristales y muros se cubren de colchones para impedir que se hiera. Quien dirige el tratamiento le informa que ya no es soberano y le advierte que en lo sucesivo debe mostrarse dócil y sumiso. Dos de sus antiguos pajes, de una estatura hercúlea, quedan a cargo de atender

sus necesidades y prestarle todos los servicios que su estado exige, pero también de convencerlo de que se encuentra bajo su entera dependencia y de que allí en más debe obedecerlos. Guardan con él un tranquilo silencio. Pero en cuanta oportunidad se les presenta le hacen sentir la superioridad de su fuerza. Un día, el alienado, en su fogoso delirio, recibe con mucha dureza a su antiguo médico durante su visita y lo embadurna con suciedades y basura. Uno de los pajes entra al punto de la recámara sin decir una palabra, toma por la cintura al delirante, también reducido a un estado de mugre repugnante, lo arroja con vigor sobre un montón de colchones. Lo desviste, lo lava con una esponja, le cambia la ropa y, mirándolo con altivez, sale de prisa para retomar su puesto. Lecciones similares, reiteradas a intervalos durante algunos meses y secundadas por otros medios de tratamiento, han producido una curación sólida y sin recaídas”.⁶

Foucault analiza esta escena en términos de una ceremonia de descoronamiento, a través de la cual se trata de poner al rey bajo una dependencia total, en efecto “todo el aparato de la realeza se desvanece” (Foucault, 2005: 37) al informarle el médico, que no aparece en la escena, que ya no es soberano. Asimismo el aislamiento al que es sometido el rey en medio de muros, cristales y colchones, ponen entre paréntesis todas las funciones esenciales de la monarquía, el rey queda reducido a su cuerpo (Foucault, 2005: 38).

Esta destitución no es causa de un despojo por el poder de otro soberano, sino que el rey en virtud de su locura queda bajo el dominio de otro poder, de un poder anónimo. Este otro poder es el poder disciplinario, es un poder discreto cuya visibilidad radica en la docilidad y sumisión de aquellos a sobre quienes se ejerce en silencio, a diferencia del poder soberano que se manifiesta a través del individuo que lo posee (Foucault, 2005: 39). En esta escena Foucault caracteriza al poder disciplinario de esta forma:

un poder anónimo, sin nombre, sin rostro, un poder repartido entre diferentes personas; y es, sobre todo, un poder que se manifiesta en el carácter implacable de un reglamento que ni siquiera se formula pues, en el fondo, nada se dice, y en el texto se escribe con claridad que todos los agentes del poder permanecen mudos. En cierto modo, el mutismo del reglamento encubre el lugar que ha quedado vacío por el descoronamiento del rey” (Foucault, 2005: 38).

El análisis foucaultiano de la escena del rey Jorge III, pone de manifiesto la inversión y los desplazamientos de los elementos del poder al margen de toda institución. Las relaciones de poder dirá Foucault no son determinadas por la institución ni tampoco las prescribe un discurso de verdad, sino que constituyen para él, el elemento nuclear de la práctica psiquiátrica a partir de las cuales se crean los edificios institucionales y surgen discursos de verdad (Foucault, 2005: 44). Otra de las razones por las cuales Foucault analiza dicha escena, es para dar cuenta de que en torno a ella se inaugura toda una práctica psiquiátrica, cuyo mérito suele atribuirse a Pinel. No obstante para Foucault la escena de Pinel liberando a los locos no es exactamente una escena de humanismo, sino más bien “la transformación de cierta relación de poder que era de violencia – la prisión, la celda, las cadenas: todo esto corresponde a la vieja forma de poder de soberanía – en una relación de sujeción que es una relación de disciplina” (Foucault, 2005: 47). Castro menciona que a partir

⁶ Pinel, Philippe, *Traité médico – philosophique* [...], op.cit., pp. 192-193. Citado en: Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, op.cit., pp 35-36.

de esta escena, Foucault describe el paso de un dispositivo de poder a otro, de la soberanía a la disciplina. En efecto, en “esta escena se enfrentan la microfísica de la soberanía y la microfísica de la disciplina” (Castro, 2004: 447).

Genealogía del poder

Foucault ubica la práctica psiquiátrica inaugurada a principio del siglo XIX a partir del surgimiento de la práctica disciplinaria, como “una nueva microfísica del poder” (Foucault, 2005: 55). La psiquiatría clásica reinó durante 1850 y 1930 a partir de un discurso que ponía en funcionamiento la necesidad de la institución asilar y el despliegue de un cierto poder médico como ley interna y eficaz (Foucault, 2005: 56). Foucault analiza el problema del poder, no a partir del discurso psiquiátrico, sino que lo hará a partir del funcionamiento del poder disciplinario en oposición a otro poder, el de soberanía, que supone es anterior y yuxtapuesto a él (Foucault, 2005: 62).

Foucault caracteriza el poder de soberanía como una relación asimétrica de poder que une al soberano con el súbdito a través de la sustracción y el gasto. El soberano sustrae bienes como cosechas, productos, fuerza de trabajo, pero a su vez, recíprocamente, el soberano efectúa el gasto consistente en dones o servicios. Sin embargo, la sustracción siempre supera el gasto. Por otra parte, la relación de soberanía siempre tiene que remitirse a un hecho fundacional sea una conquista, un juramento, un derecho divino o de sangre y tiene que reactualizarse a través de rituales, ceremonias, gestos, pues es frágil e intangible, y en cuanto tal, se complementa con la amenaza de violencia que funciona como sostén del esquema de soberanía, “el reverso de la soberanía es la violencia, la guerra” (Foucault, 2005: 62).

Otro aspecto de las relaciones de soberanía es que no son isotópicas, lo cual implica la imposibilidad de establecer entre ellas un sistema tal, que la jerarquía sea exhaustiva y planificada, “las relaciones de soberanía son sin duda relaciones perpetuas de diferenciación, pero no de clasificación; no constituyen un cuadro jerárquico unitario con elementos subordinados y elementos superordinados” (Foucault, 2005: 63). En efecto, las relaciones son heterogéneas y la relación de soberanía no se aplica a una singularidad somática, sino a multiplicidades, que convergen en el cuerpo del soberano. La individualidad del soberano está implicada por la falta de individualización de los elementos a los cuales se aplica la relación de soberanía (Foucault, 2005: 64-65). En otras palabras, dirá Foucault:

La relación de soberanía vincula, aplica algo que es un poder político sobre el cuerpo, pero nunca pone de manifiesto la individualidad. Es un poder que no tiene función individualizadora o que sólo esboza la individualidad por el lado del soberano, y además, al precio de una curiosa, paradójica y mitológica multiplicación de los cuerpos. Por un lado, cuerpos pero no individualidad; por otro, una individualidad pero una multiplicidad de cuerpos” (Foucault, 2005: 66).

En oposición al poder de soberanía, Foucault plantea que el poder disciplinario no funciona a través del sistema de sustracción y gasto que veíamos en las relaciones de soberanía, donde en esta modalidad de poder había una captura fragmentaria de servicios, de bienes o de tiempo. El aspecto principal del poder disciplinario es la captación total, “tiende a ser una captura exhaustiva del cuerpo, los gestos, el tiempo, el comportamiento del individuo.

Es una captura del cuerpo y no del producto; es una captura del tiempo en su totalidad y no del servicio” (Foucault, 2005: 66). En efecto, el poder disciplinario implica un procedimiento de control constante, donde uno se encuentra perpetuamente bajo la mirada de alguien o en situación de ser observado, ya que uno es visible. A diferencia del poder de soberanía que refiere a un acto originario, el poder disciplinario es un estado terminal “hacia el momento en que todo funcione por sí solo y la vigilancia no tenga más que un carácter virtual, cuando la disciplina (...) se haya convertido en un hábito” (Foucault, 2005: 67).

El poder disciplinario tiene carácter panóptico, en tanto la visibilidad absoluta y constante que rodea el cuerpo de los individuos, organiza el tiempo y efectúa una individualización centralizada cuyo soporte es la escritura (Foucault, 2005: 73). Foucault ubica como esencial y característico de la disciplina el uso de la escritura como instrumento destinado al registro de todo lo que ocurre, hace y dice el individuo “para transmitir la información de abajo arriba a lo largo de la escala jerárquica, y por último, para poder mantener siempre accesible esa información y asegurar así el principio de omnivisibilidad” (Foucault, 2005: 69). La relación entre la visibilidad del cuerpo y la permanencia de la escritura, producen para Foucault la “individualización esquemática y centralizada” (Foucault, 2005: 69).

En oposición al poder de soberanía, el poder disciplinario es isotópico. En un dispositivo disciplinario, cada elemento tiene un lugar determinado, estableciendo jerarquías con sus elementos subordinados y superordinados. No obstante, los elementos que escapan al sistema de vigilancia, clasificación y jerarquización, resultan ser el residuo, lo irreductible, lo inclasificable, lo inadmisibles. Lo paradójico es que la aparición de los sistemas disciplinarios generó la aparición de los residuos y la existencia de éstos, resulta necesaria para la aparición de sistemas disciplinarios complementarios. En efecto, “los sistemas disciplinarios se caracterizan por un trabajo constante de la norma en la anomia” (Foucault, 2005: 76).

Foucault, considera que el efecto principal del poder disciplinario es la modificación de las relaciones entre la singularidad somática, el sujeto y el individuo. Mientras que en el poder de soberanía observábamos cómo la individualización, aparecía y se delineaba en la cima alrededor del soberano, mientras desaparecía la multiplicidad de cuerpos. Por el contrario, en las relaciones disciplinarias la individualidad desaparece por el lado de quienes hacen funcionar el sistema (Foucault, 2005: 76). En efecto, los sistemas disciplinarios están diseñados para que funcionen por sí mismos y el responsable o director no es un individuo, sino una función ejercida por éste, asimismo está a su vez sujeto a un sistema más amplio que lo vigila y lo disciplina (Foucault, 2005: 77). En el poder disciplinario la individualización se desarrolla en la base. En el poder de soberanía la función de sujeto circulaba, no se adhería nunca a una singularidad somática, por el contrario en el poder disciplinario la función sujeto se adhiere en el cuerpo, su lugar, sus desplazamientos, en el tiempo de su vida, en sus discursos. La disciplina es la técnica de poder que fabrica cuerpos, individuos. Foucault a continuación describe la mecánica:

El poder disciplinario es individualizante porque ajusta la función sujeto a la singularidad somática por intermedio de un sistema de vigilancia y escritura o un sistema de panoptismo pangráfico que proyecta por detrás de la singularidad somática, como su prolongación o su comienzo, un núcleo de virtualidades, una psique, y establece, además,

la norma como principio de partición y la normalización como prescripción universal para todos esos individuos así constituidos (Foucault, 2005: 77).

Foucault recupera de la obra de Bentham la formalización de la microfísica del poder disciplinario (Foucault, 2005: 96), en esta línea Castro plantea que el panóptico en tanto “máquina de disociar el ver del ser visto” (Castro, 2004:132), sirve no solo como modelo institucional (prisión, escuela, hospital, entre otros), sino como el mecanismo fortalecedor de instituciones, ya que “reduce el número de quienes ejercen el poder, al mismo tiempo que aumenta el número de aquéllos sobre quienes se ejerce. El poder se automatiza, ya que no es necesario el ejercicio efectivo de la vigilancia, solo basta el lugar del control” (Castro, 2004:132).

El esquema del panóptico que describe Foucault, válido para un hospital u otro tipo de institución consiste en un edificio anular que constituye la periferia misma del panóptico, en él se disponen de las celdas, contorneadas por una galería que permite circular e ir de una celda a otra, en el centro de la galería, dispone de una torre de varios pisos y en cuya cima un observador puede mirar desde este centro todo lo que ocurre en cada una de las celdas (Foucault, 2005: 98). ¿Qué sucede dentro del panóptico? cada cuerpo tiene su lugar en una celda individual, la mirada vigilante recae sobre un cuerpo, esta disposición espacial tiene una función individualizador, haciendo desaparecer los fenómenos de multiplicidades. Este es uno de los rasgos característicos de los sistemas disciplinarios, la individualización siempre se da en la base, sobre quienes recae. Desde la cima de la torre central desde donde todo puede ser vigilado, permite que los individuos no puedan saber si están siendo vigilados o no, “el verdadero efecto del panóptico consiste en ser de tal manera que, aun cuando no haya nadie, el individuo en su celda no sólo se crea sino se sepa observado, que viva la experiencia constante de encontrarse en un estado de visibilidad para una mirada” (Foucault, 2005: 99). En efecto, el poder es anónimo. Esta inmaterialidad del poder está ligada a una extracción permanente de saber, la torre funcionando como sistema de vigilancia y de anotación ininterrumpida del comportamiento individual, permite la constitución continua del saber, en la medida que se anota todo lo que hacen los individuos, se constituye una individualidad escrita como un doble de la individualidad corporal que reposa en la celda. El panóptico, es para Foucault “un aparato de individualización y conocimiento a la vez; un aparato de saber y poder a la vez, que individualiza por un lado y, al individualizar, conoce” (Foucault, 2005: 101).

El esquema panóptico gira alrededor de un poder individualizador y un saber sobre los individuos funcionando en la mayoría de las instituciones: hospitales, escuelas, prisiones, que son a su vez el lugar del ejercicio del poder. Vivimos en el panoptismo de una sociedad disciplinaria. Sin embargo, Foucault sitúa una institución donde prevalecen los esquemas de soberanía, la familia (Foucault, 2005: 103). Castro menciona que en la familia, la mayor individualización se encuentra en el vértice, el padre. La familia se funda en un acontecimiento pasado (el matrimonio, el nacimiento) y en ella, relaciones heterotópicas (nexos locales, contractuales, de propiedad, de compromiso personal y colectivo, etc.). Funciona como la bisagra de articulación de diferentes dispositivos disciplinarios, por un lado, la familia asegura la inserción del individuo en la escuela o trabajo, asegurando asimismo el paso de uno a otro (Castro, 2004:136). Esta doble función de la familia es

esencial dentro de la sociedad disciplinaria., ya que los mecanismos disciplinarios sólo pueden actuar e “influir con la mayor intensidad y eficacia, cuando tienen a su lado, para fijar los individuos, esa célula de soberanía representada por la familia. Por lo tanto, entre el panoptismo disciplinario [...] y la soberanía familiar hay un juego de remisiones permanentes” (Foucault, 2005: 108).

La familia es necesaria para el funcionamiento del sistema disciplinario, cuando falta o falla, se crean sustitutos disciplinarios pseudofamiliares a su funcionamiento. En este escenario surge la “función psi, es decir, la función psiquiátrica, psicopatológica, psicosociológica, psicocriminológica, psicoanalítica, etc.” (Foucault, 2005: 110). Cuando Foucault habla de función alude al discurso, a la institución y al individuo psicológico. De esta manera, la función de psicólogos, psicoanalistas, etc., no es otra que “ser los agentes de la organización de un dispositivo disciplinario que va a ponerse en marcha, a precipitarse, cuando se produzca un vacío en la soberanía familiar” (Foucault, 2005: 110).

Históricamente la función psi nace en torno a la psiquiatría en el siglo XIX, como contracara de la familia. En el hospital psiquiátrico se internaban individuos que escapaban de la soberanía familiar, y su intervención basada en el adiestramiento disciplinario, permite a la psiquiatría presentarse “como empresa institucional de disciplina que permitirá la refamiliarización del individuo” (Foucault, 2005: 110). De la psiquiatría, la función psi se extendió a todos los sistemas disciplinarios interviniendo cuando un individuo era incapaz de seguir la disciplina. En este marco, en la segunda mitad del siglo XIX, se culpaba a la familia de los defectos disciplinarios de los individuos (Foucault, 2005: 111). A Comienzos del siglo XX, la función psi se constituye como discurso y “como instancia de control de todas las instituciones y todos los dispositivos disciplinarios y al mismo tiempo emite, sin contradicción alguna, el discurso de la familia” (Foucault, 2005: 111).

Entre la soberanía familiar y los dispositivos disciplinarios, se encuentra la función psi conectando el discurso, la institución y el hombre psicológico, de esta manera:

La psicología como institución, como cuerpo del individuo, como discurso, es lo que controlará permanentemente, por un lado, los dispositivos disciplinarios, y remitirá, por otro, a la soberanía familiar como instancia de verdad a partir de la cual será posible describir y definir todos los procesos, positivos o negativos, que ocurren en los dispositivos disciplinarios” (Foucault, 2005: 111).

La máquina de curar

¿La táctica médica y cualquier acción terapéutica de la disciplina psiquiátrica es compatible con el medio familiar? Castro, desde el punto de vista del saber médico, sostiene que para Foucault hasta el siglo XX, el alienado jamás puede curarse en su familia, siendo incompatible con la curación. Por otro lado, señala que si abordamos el asilo, una vez que el loco ha sido aislado de la familia, nos encontramos con que la capacidad curativa del hospital radica simplemente en su organización como hospital. Tal como lo plantea Foucault, estableciendo de manera análoga los mismos principios que rigen el panóptico de Bentham, el hospital como un dispositivo disciplinario de visibilidad permanente, vigilancia centralizada y aislamiento (Castro, 2004: 449).

El sistema disciplinario asilar se justifica a sí mismo por su función terapéutica, el hospital, dirá Foucault es la “máquina de curar” (Foucault, 2005: 124). Pero “¿en qué consiste la presunta curación aportada por este espacio disciplinario? ¿Cuál es la práctica médica que lo habita?” (Foucault, 2005: 152). Foucault cita el caso de un enfermo de Pinel: “se creía perseguido por los revolucionarios, en riesgo de ser citado a comparecer ante la justicia y, por consiguiente, bajo la amenaza de sufrir la pena de muerte. Pinel lo curo organizando a su alrededor un pseudoproceso con falsos jueces, en el cual fue absuelto, y gracias a eso se curó” (Foucault, 2005: 152). En cierto modo habiendo satisfecho su delirio, “en este tipo de operación, el médico es el intermediario, la persona ambivalente que (por una parte) mira del lado de la realidad y la manipula, y por otra, mira del lado de la verdad y el error y se las ingenia para que la forma de la realidad se ponga a la altura del error a fin de transformarlo en verdad” (Foucault, 2005: 155). En otras palabras, en esta práctica psiquiátrica el médico aparece como amo ambiguo de la realidad y la verdad.

La antipsiquiatría surge a fines del siglo XIX cuestionando el papel del psiquiatra encargado de antaño de producir la verdad de la enfermedad en el espacio hospitalario. Foucault en esta línea cita a Basaglia, para quien la característica de esta institución “es una separación tajante entre quienes tienen el poder y quienes no lo tienen” (Foucault, 2005: 390). Es por ello, que desde esta perspectiva se invalida la locura como enfermedad mental y propone dar al individuo “el derecho de llevar su locura nunca en nombre de un poder que le sea conferido por su razón o normalidad, libéralos del diagnóstico y de sintomatología que no solo tenían valor de clasificación sino de decisión y decreto”⁷. En sintonía, Franco Basaglia plantea que quien entra a una “institución definida como hospitalaria, no asume el papel de enfermo sino el del internado que debe expiar una culpa de la que no conoce las características, ni la condena, ni la duración” (Basaglia, 1975: 156). Hay médicos, pero se trata de un lugar de custodia, donde la ideología médica es una coartada de la legislación de una violencia que nadie controla, ya que la delegación hecha al psiquiatra es quien encarna la ciencia y la moral. El manicomio, en tanto ámbito de reclusión, donde la ciencia y la civilización han conseguido la exclusión y reclusión, el enfermo clasificado como alienado, habita una institución que marca los límites entre razón y locura. Institución que controla y elimina de la sociedad para no alterar el orden público, porque si la finalidad rehabilitadora fuera real, habría detenidos e internados rehabilitados y reincorporados al contexto social (Basaglia, 1975: 160). Para Basaglia el fin de las instituciones rehabilitadoras es “procurar un puesto institucional controlable a quien no es controlable a través de su participación en el proceso productivo” (Basaglia, 1975: 164).

Para Foucault lo que está en juego en el movimiento antipsiquiátrico, no es el valor de la verdad de la psiquiatría en términos de conocimiento (exactitud diagnóstica o eficiencia terapéutica), sino que “en el núcleo estaría la lucha con, en y contra la institución” (Foucault, 2005:393), como lugar y forma de distribución, en contra del mecanismo de las relaciones de poder, de dominación que son propias de la relación institucional, ya que allí disminuye el poder del enfermo “por el mero hecho de estar internado, se convierte en un ciudadano sin

⁷ Basaglia, Franco. Istituzione negata. Rapporto da un ospedale psichiatrico. Citado en: Foucault, M. El poder psiquiátrico, op.cit., p.390.

derechos, entregado a la arbitrariedad del médico y los enfermeros, que puede hacer de él lo que quieran sin posibilidad de apelación”.⁸

La psiquiatría del siglo XIX se constituyó como discurso científico, dando lugar a la práctica psiquiátrica. Foucault describe dos tipos de discursos, el clínico o nosológico, en donde la locura como una serie de enfermedades posee su propia sintomatología, permitiendo un diagnóstico, elementos de prognosis, etc. En este aspecto se conforma un discurso psiquiátrico como modelo del discurso médico clínico habitual. Por otro lado, un saber anatomopatológico, plantea la locura como una correlación de sustratos orgánicos (Foucault, 2005:158). Sin embargo, el desarrollo de la práctica psiquiátrica, en tanto distribución de los enfermos en el espacio asilar, las tareas que se les imponía o declararlos curables o incurables, no se valía del aval de estos discursos, estos eran “simplemente una especie de garantías de la verdad de una práctica psiquiátrica que quería que la verdad le fuera dada de una vez por todas y que nunca fuese cuestionada” (Foucault, 2005: 159). Foucault escenifica este proceder del poder psiquiátrico:

Entre la locura y yo la cuestión de la verdad nunca se planteará por una razón muy sencilla, a saber; que yo psiquiatría, ya soy una ciencia. Y si como tal tengo derecho a interrogarme a mí misma sobre lo que digo, si es cierto que puedo cometer errores, de todos modos me toca, y me toca a mí sola, en cuanto ciencia, decidir si lo que digo es verdad o corregir el error cometido. Soy dueña, si no de la verdad en su contenido, al menos de todos los criterios de verificación y de verdad, me permite hacer míos la realidad y un poder e imponer a todos esos cuerpos dementes y agitados el sobre poder que voy a dar a la realidad. Yo soy el sobre poder de la realidad como poseedora, por mí misma y de una manera definitiva, de algo que es la verdad con respecto a la locura” (Foucault, 2005: 159-160)

El poder psiquiátrico tiene la función de ser un operador de la realidad, la psiquiatría se presenta en posesión de la verdad por el hecho de ser una ciencia y la verdad aparece como un aspecto funcional del poder. A fines del siglo XIX, dentro del espacio de la disciplina asilar, el psiquiatra ya no será, como Pinel, el contrabandista de la realidad, sino quien deba dar a lo real el poder de apoderarse, de la locura y hacerla desaparecer como tal. En este sentido, Foucault ofrece la siguiente definición provisoria de poder psiquiátrico: “es el complemento de poder en virtud del cual lo real se impuso a la locura en nombre de una verdad poseída de una vez por todas por ese poder con el nombre de ciencia médica, psiquiatría” (Foucault, 2005: 157).

¿Cómo comprender la posición del loco y el psiquiatra dentro del espacio asilar? El hospital será lugar de diagnóstico y clasificación, un rectángulo botánico donde las especies de enfermedades se distribuyen. “El gran médico de asilo (...) es quien puede decir la verdad de la enfermedad por el saber que tiene sobre ella y quien puede producir la enfermedad en su verdad y someterla en la realidad, gracias al poder que su voluntad ejerce sobre el propio enfermo” (Foucault, 2005: 386). Todas las técnicas o procedimientos, como el aislamiento, la disciplina, las relaciones de domesticidad, puestos en práctica en los asilos del siglo XIX, tiene por función hacer del personaje médico “el amo de la locura”, quien la hace aparecer en

⁸ Basaglia, Franco. Istituzione negata. Rapporto da un ospedale psichiatrico, p.111. Citado en: Foucault, M. El poder psiquiátrico, op.cit., p.393.

su verdad y será quien la domine, luego de haberla desatado con su ciencia y producir la realidad de una enfermedad mental (Foucault, 2005: 388). La psiquiatría considera la locura como enfermedad mental, objetivada por la ciencia, lo cual implica para Foucault el juego de una relación de poder que da lugar al conocimiento, describiéndola de la siguiente manera:

De tu sufrimiento y tu singularidad sabemos cosas suficientes (que ni sospechas) para reconocer que son una enfermedad; pero conocemos esa enfermedad lo bastante para saber que no puedes ejercer sobre ella y con respecto a ella ningún derecho. Nuestra ciencia permite llamar enfermedad a tu locura, y por ello, nosotros, los médicos, estamos calificados para intervenir y diagnosticar en ti una locura que te impide ser un enfermo como los demás: serás, por lo tanto, un enfermo mental” (Foucault, 2005: 394).

¿Cómo liberar la locura respecto a esa forma singular de poder-saber que es el conocimiento? ¿Es posible que la producción de la verdad de la locura pueda efectuarse en formas que no son las de la relación de conocimiento? “Problema ficticio, se dirá, cuestión que solo tiene su lugar en la utopía” (Foucault, 2005: 395).

Cierre

A los fines de este informe, hemos llegado a la definición provisoria del poder psiquiátrico que propone Foucault, considerándolo como un complemento de poder (Foucault, 2005: 157). Lo cual nos permite pensarlo en relación al poder disciplinario, el cual tiene un propósito positivo, producir individuos, también discursos que en virtud de su despliegue táctico se llegan a imponer en un momento dado como verdaderos. En efecto, desde una perspectiva genealógica, el poder genera saber, verdad y sujetos.

Con respecto al problema ficticio que plantea Foucault, ubicados como interrogantes al final de dicho informe ¿Cómo liberar la locura, como no producirla respecto a esa forma singular de poder-saber que es el conocimiento? (Foucault, 2005: 395). Destacaremos la perspectiva de Gilles Deleuze, que en sintonía con las ideas foucaultianas, plantea que el manicomio surgió como lugar de visibilidad y enunciación de la locura. La psiquiatría del siglo XIX se elaboró lejos de crear un concepto unívoco y determinado de locura. Lo verdadero no se define como una forma común, “entre lo visible y lo enunciable: *lo que se ve nunca aparece en lo que se dice, y a la inversa*” (Deleuze 1987: 92). En efecto, en el devenir del siglo XXI nos preguntamos lo mismo ¿aquel que podemos ver en un manicomio es el mismo que podemos enunciar como loco? (Deleuze 1987: 91).

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria

- Basaglia, F. (1975). El hombre en la picota. En *Psiquiatría, antipsiquiatría y orden manicomial* (pp.155-184). Recopilación Ramos García. Barcelona: Barral editores.
- Castel, R. (1975). Terapéutica mental y control social en el siglo xix. En *Psiquiatría, antipsiquiatría y orden manicomial* (pp.73-86). Recopilación Ramos García. Barcelona: Barral editores.
- Deleuze, G. (1987). Foucault. Barcelona: Paidós studio.
- Foucault, M (2005). Clase 7 noviembre 1973. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2005). Clase 14 noviembre 1973. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2005). Clase 21 de noviembre 1973. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2005). Clase 28 de noviembre 1973. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2005). Clase del 5 de diciembre 1973. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2005). Clase del 12 de diciembre 1973. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2005). Resumen. En *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (Trad. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bibliografía secundaria

- Castro, E (2004). Disciplina. En *El vocabulario de Michel Foucault* (pp.132-137). Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Castro, E (2004). Psiquiatría. En *El vocabulario de Michel Foucault* (pp.444 -472). Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Gros, Frédéric (2000). La máquina asilar. En *Foucault y la locura* (pp. 69-72). Buenos aires, Ediciones Nueva Visión.